

Masculinidad/es en movimiento/s. Juventud, universidad y activismo antipatriarcal en Argentina, Chile y México¹

Mauricio Zabalgoitia Herrera

*Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación,
Universidad Nacional Autónoma de México*

mauriciozabalgoitia@filos.unam.mx

I. Punto de partida: debates y polarizaciones en masculinidades

La respuesta de los varones frente a los avances y ascenso de los feminismos² nunca ha sido homogénea, así como tampoco ha conformado un único frente, ya sea en un extremo de reacción negativa y de rechazo o bajo la aceptación, reconocimiento e implicación en los objetivos y agenda trazados por el activismo de las mujeres.

Los estudios de las masculinidades, a este respecto, desde sus inicios han identificado polarizaciones en términos de las posiciones subjetivas que los hombres, sea de manera informal u organizada, han adoptado, sobre todo en espacios en los que los feminismos han tenido una mayor penetración, como las universidades. Frente a sus hallazgos, temas y aportaciones, que van de nociones amplias como el patriarcado al señalamiento y estudio de problemáticas específicas, como la denominada violencia de género y la precisión que esta alcanza bajo cuestiones como el sexismo, el acoso, el hostigamiento y otras formas de violencia simbólica y sexual, los varones han reaccionado en formas desiguales.

1 Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT con el proyecto “Estudiantes, género y violencias en la UNAM: prácticas subjetivas de masculinidad, diversidad y juventud” (IN305922).

2 Si bien se suele referir al feminismo como un complejo que suma movimientos sociales, políticos y económicos, así como reflexión académica y científica, además de producción cultural y artística, bajo la búsqueda de igualdad en términos legales, de derechos y oportunidades, la multiplicidad y diversidad de agendas, enfoques y subjetividades promueve el hablar de *feminismos*, por ejemplo, “feminismo liberal, feminismo radical, feminismo socialista, ecofeminismos, feminismo cultural y de la diferencia, feminismo de la igualdad, feminismo comunitario, feminismos afrodescendientes” (Instituto Nacional de las Mujeres, s/f: s/p).

Olivia Tena (2010), mirando a la historia de las masculinidades en México, identifica dos lugares en un extremo positivo de tal polarización; el de los grupos de *hombres por la igualdad* y los de varones *profeministas*. Ambos surgen, principalmente, en países escandinavos y en algunas ciudades de Estados Unidos, hacia los años ochenta, bajo el concepto de agrupaciones *antisexistas*, llamándose *profeministas* a partir de la década de los noventa, sobre todo en Europa. De acuerdo con O. Tena, en España y en Latinoamérica, la conformación de grupos de hombres organizados alrededor de una percepción positiva de la igualdad en términos de género, o incluso con la propuesta de una clara adhesión al feminismo y sus objetivos, es mucho más reciente. En los siguientes apartados se explora brevemente la deriva de estas etiquetas en ámbitos en los que se produce saber y activismo en español, y la repercusión que han tenido hacia la configuración de un *activismo antipatriarcal*, el cual agrupa una diversidad de subjetividades y juventudes.

Retornando a la tensión, muchos hombres vieron en el feminismo una clara amenaza, presentando, así, la masculinidad como un bien “en peligro”, como un sistema “en crisis” (Tena, 2010: s/p). Algunos de estos se alinearon teóricamente bajo el movimiento *mitopoético*, buscando una supuesta esencia masculina en mitos y arquetipos. Otros se agruparon bajo la militancia de unos improbables derechos de los hombres, los cuales estarían perdiendo. Estas posiciones, décadas después, no solo no han desaparecido, sino que parecen renovarse en una suerte de repliegue de cara a los diversos movimientos y organizaciones de mujeres feministas, sobre todo jóvenes. En el lado abiertamente sexista subsisten las viejas mitologías acerca de los significados de “ser hombre”, los cuales apuntan a una consabida masculinidad normativa (Kimmel, 1997) soportada por reglas, valores y prácticas que, si bien parecen renovarse, resurgen en momentos en los que los órdenes de género son abiertamente señalados.

Desde 2014 hasta la fecha, en México, Chile y Argentina, y en muchos países y ciudades de Latinoamérica, se conforman diversas expresiones de activismo de jóvenes mujeres, sobre todo bajo el señalamiento y rechazo a estructuras sexistas, así como a las expresiones de violencia sexual y simbólica recurrentes e instauradas en las relaciones de todas las instituciones, destacándose las de la educación. En países como México, en universidades con características como las de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), así como en ciudades como Buenos Aires o Santiago de Chile, en las que particularidades históricas de lucha política se suman a genealogías propias y asentadas de feminismos locales, así como a décadas

de políticas de transversalización de género, el activismo y la protesta de las jóvenes han sido especialmente efervescentes.

En el caso de la UNAM, estos grupos de mujeres organizadas surgen como colectivas, como propone Daniela Cerva (2020), al “establecer un discurso de identidad feminista sustentada en la crítica y lucha organizada contra la estructura patriarcal que explica la existencia de la violencia contra las mujeres” (140). Araceli Mingo (2020) ahonda en el “sofocamiento de denuncias relativas a actos de violencia sexual contra las mujeres y el silenciamiento de este fenómeno en las IES [instituciones de educación superior]” (6).³ La suma de estas fuerzas ha desembocado en un lenguaje y en estrategias más allá de las fronteras, conformándose acciones y movimientos, como el que surge en Argentina bajo el lema “Ni una menos”, y que Paula Lenguita (2021) llama “la Rebelión de las pibas”. Esta potente narrativa condensa y provoca, a su vez, un activismo inédito que se replica en acciones digitales de alcance mundial, como las denuncias alternativas bajo el #MeToo, y a partir de *performances* como “El violador eres tú” (2019) (cfr. Mingo, 2020). En esta deriva se ha hecho patente una compleja y enrevesada relación, la que solapa masculinidad, violencia e institucionalidad. Los varones, al ser quienes encarnan a esta triada de manera desproporcionada frente a las mujeres u otras identidades sexogénicas, están siendo directamente apelados. Esto incide no solo en la identidad de los jóvenes, sino en la propia deriva y metas de la noción de masculinidades, sea en su carácter de disciplina o en su concepción política, social y de un activismo en construcción.

II. Reorganización del extremo positivo de las masculinidades

Las reacciones contrafeministas al tiempo actual de género en ciudades como México, Buenos Aires o Santiago de Chile resultan tan evidentes como fastuosas, por ejemplo, en el ciberactivismo masculinista de algunos jóvenes y estudiantes agrupados bajo constructos digitales de vida inéditos, como la *manosfera*. En estos dan rienda suelta a sus miedos y afectos como resultado de lo que para ellos constituye un claro enemigo: el feminismo (cfr. Zabalgoitia, 2022). En el otro lado, en donde, pensamos, orbitan las

3 Mingo (2020) precisa la violencia sexual a la que reaccionan las colectivas de jóvenes en la UNAM: “[Y]a sea acoso (atención sexual no deseada como comentarios sobre el cuerpo, miradas morbosas) o cualquier tipo de contacto o actividad de carácter sexual que ocurre sin el consentimiento de la persona afectada” (6).

llamadas *nuevas masculinidades*, las reacciones no siempre resultan del todo transparentes. Esto, se propone, como resultado de tres tensiones.

Primero, a una puesta de atención quizá excesiva a la propuesta de las *múltiples masculinidades*, a partir del modelo hegemónico de Raewyn Connell (1993). En esta deriva, bajo la búsqueda y construcción de masculinidades nuevas, alternativas y positivas, se habrían establecido definiciones con miras a formas de masculinidad más amables, cálidas y habitables, pero no siempre atentas a nombrar y reconocer los dividendos que la cultura patriarcal les sigue otorgando a todos los varones, estén más o menos *deconstruidos*, por usar un término bajo el que se suele apuntar a hombres en proceso de vestir esas masculinidades más sanas.

Segundo, el señalamiento crítico que se ha venido haciendo sobre estas mismas categorías, algunas de las cuales oscilan entre los ámbitos universitarios y los del activismo, por ejemplo, desde las denominadas *masculinidades críticas*, o a partir de la lectura que investigadoras feministas han realizado acerca de las aportaciones centrales de los estudios de la masculinidad, como en el caso de Andrea Waling (2019). En conjunto, se denuncia cómo es que estas variadas formas de ser hombre se concentran en exceso en la identidad, en lo individual o en grupos de varones de ciertos contextos de clase, raza y economía, preocupados, entre otras cosas, en romper algunas de las reglas de la heteronorma,⁴ pero muy poco —o nada— en las estructuras vigentes de violencia.

Tercero, la discusión y debate que se genera a partir de, precisamente, los señalamientos anteriores, en términos de subjetividad y activismo, los cuales surgen del proceso de pensar y vivir la antipatriarcalidad, cuestionando, de hecho, la igualdad y el profeminismo desde nuevas posiciones.

Con esto, la suma de estas tensiones plantea algunas interrogantes de entrada: ¿qué tan interesadas están las (nuevas) subjetividades antipatriarcales en abordar directamente el tema de las violencias? ¿Se están señalando e interviniendo las estructuras profundas y arraigadas de violencias sexistas y sexuales? ¿Se están identificando y nombrando privilegios y dividendos para renunciar a ellos? ¿Mediante qué estrategias y procesos? Y, con esto, ¿se están rompiendo polarizaciones, como la que surge de un presente que opone a hombres malos frente a varones *deconstruidos*? Estos parecen ser,

4 La heteronormatividad señala la presunción de que todas las personas son heterosexuales y, por tanto, viven la vida romántica, sexual y social desde este punto de vista. Esto promueve la centralidad de un sujeto —hombre, blanco, casado, con hijos, proveedor, etcétera— desde el que se construye y promueve la vida pública y política.

en buena medida, temas centrales en el activismo de los jóvenes y en algunas de las producciones académicas recientes.

III. Subjetividad y activismo en dos aportaciones

Luciano Fabbri (2016) habita y, a la vez, cuestiona la categoría *varón* desde una posición subjetiva y política que define como de “puto, feminista, militante de izquierda e investigador-activista” (359). Desde ahí mira el extremo positivo de la tensión subjetiva en Argentina, recuperando aportes, tensiones y desafíos a partir de dos experiencias, la de su participación en los colectivos de varones antipatriarcales, por un lado, y el universo de las organizaciones de izquierda independiente y popular, junto con compañeras feministas, en otro (357). Desde esta doble posición retoma aquellas marcas que apuntan no solo al debate de si los varones caben o no en la lucha feminista, sino a expresiones que connotan una dimensión de subjetividad y sus prácticas. Con esto, retoma las discusiones sobre el *sujeto político* del feminismo, las cuales, en la deriva de los grupos de hombres, se dirigen hacia los consabidos cuestionamientos: ¿pueden o no *devenir feministas*? Y, si sí, ¿bajo qué procesos? (358). Además, ¿qué nombre hay que ponerle al compromiso político con la lucha antipatriarcal que involucra a varones que no consideran nombrarse feministas? (362).

Cabe preguntarse, sumando cuestiones, si este espacio de subjetividad política es posible: ¿hay antipatriarcado sin feminismo? O de manera más precisa: ¿puede haber dos esferas en comunidad, la de unas masculinidades antipatriarcales y los feminismos? Finalmente, ¿hasta dónde reproduce esta diada al binarismo de la diferencia sexual como medida del mundo? Para Fabbri (2016: 362), las posiciones “intermedias” podrían comenzar a dibujar lo que denomina como un “sujeto político emergente”. En todo caso, en esta nueva tensión lo que no habría que ignorar es la posibilidad de posiciones no del todo claras a la hora de significar el *antipatriarcalismo*. Esto es, la operatividad social y privada de hombres más o menos informados y comprometidos con nociones de igualdad, pero que en el fondo piensan que las peticiones de los feminismos, cada vez más diversas y situadas, no tienen del todo cabida en el mundo. De este modo, navegan sin cometer demasiadas incorrecciones sexistas, e incluso realizando cambios y concesiones en sus vidas familiares, afectivas y profesionales, pero sorteando los hechos y señalamientos más graves con los que los feminismos confrontan la masculinidad encarnada en varones.

En cualquiera de los casos, el presente marca la experiencia de hombres con consciencia de género a partir de más puntos de tensión, como la dicotomía “sospecha/enamoramiento” (Fabbri, 2016: 362). Desde esta, en un lado algunos feminismos mirarían con desconfianza el hecho de que los varones quieran —y puedan— liberarse de la cultura patriarcal. En el otro, el “enamoramiento acrítico” (362-363) apunta a los hombres habitando —sin reflexión, comprendemos— esa novedad histórica llamada *varón profeminista* como un lugar desde el que se acepta el feminismo y sus objetivos, pero como algo que se les da a los varones; como un espacio en el que deciden no participar de manera activa, manteniéndose en cierta comodidad. En el seno de estos cuestionamientos reaparecen viejas posiciones, como aquella que pregunta: frente al patriarcado, “¿[s]omos los varones opresores u oprimidos?” (362).

En la identificación de estas posiciones no se cuestiona cómo y con qué severidad se afrontan las estructuras vigentes y operativas de sexismo y violencia, o bajo qué estrategias de reflexión y activismo se nombran prácticas y dividendos de una cultura patriarcal que aún beneficia a los varones por sobre todas las subjetividades. Frente a esto, L. Fabbri (2016) opta por preguntar: “¿Por dónde comenzamos? ¿Dónde ponemos el énfasis? ¿Cómo seducimos a otros varones para que se involucren, sin caer en la victimización o la autocomplacencia? ¿Cómo interpelamos a otros [...] a cuestionarse sin caer en el discurso flagelante?” (362).

Por otra parte, Jokin Azpiazu ha venido trabajando, desde el contexto del País Vasco y el Estado español, en cuanto qué hacer con la masculinidad —¿reformularla, abolirla o transformarla?—, igualmente a la vez desde el activismo y la investigación académica. Como producto de una investigación llevada a cabo entre 2012 y 2013, la cual se centró en los escasos grupos de hombres de su región y los discursos emergentes sobre masculinidades, Azpiazu (2015) mira la relación entre hombres y feminismo desde la noción de “autoconciencia sexista”, la cual parecía ser la base común.

Entre la variedad de cuestiones que revela, destaca cómo es que la aproximación teórica desde el activismo se ha dado en términos de un remarcado interés por la identidad, pero no así por la subjetividad y su relación con el poder; esto habría conformado una “visión sesgada, una imagen incompleta de la masculinidad y de la forma en la que está cambiando” (Azpiazu, 2015: s/p) y, además, un interés deficiente en los cambios en cuanto a las relaciones de poder entre hombres, mujeres y las consecuencias de esas desigualdades. En términos generales, J. Azpiazu denuncia cómo la

apuesta se centra en las posibilidades de cambio en la masculinidad y en la confección y puesta en marcha de otras etiquetas, bajo la idea, a la vez patriarcal y capitalista, de que el cambio, sea cual sea, es siempre positivo. Las *nuevas masculinidades* se presentan como la opción necesaria frente a las *viejas* o *tradicionales*, igualándose de forma poco crítica esta última noción con la de la hegemonía que surge del trabajo de Connell (1993), propone el autor.

Lo que Azpiazu (2015) identifica implica una serie de adaptaciones en los varones que, ante todo, han de ser voluntarias, pues parten de un *deber ser* de los hombres cuyo interlocutor se perfila como un *nuevo hombre*, bajo aseveraciones del tipo “Estamos más predispuestos a apoyar a las mujeres en términos generales que a nuestra propia pareja”, “El nuevo hombre ha comenzado un proceso de replanteamiento de la relación con sus hijos e hijas”, “Tenemos que educarnos a nosotros mismos y a nuestra descendencia” (s/p). Resalta, evidentemente, un enfoque binario y heteronormado del mundo, así como el mantenimiento de la masculinidad como la forma de identidad rectora en la organización de este. Una masculinidad “libre de sospecha” y una subjetividad que se terminaría por conformar a partir de “los pocos hombres buenos” (s/p). En este extremo del activismo —más cercano a la noción de *hombres por la igualdad*—, Azpiazu suma testimonios como “Nosotros los hombres tenemos que comprender”, “Nosotros debemos cambiar”, etcétera (s/p). Con este plural lo que se revela es una ética, una obligación moral y una responsabilidad que se sustenta en algunas ideas de base cuestionables, como el hecho de que los hombres necesitan la igualdad tanto como las mujeres, pues el sistema patriarcal es igualmente dañino para ellos (s/p). El problema aquí es ese que Waling (2019) señala: el presentar a los hombres como víctimas de una enfermedad, la masculinidad, que afecta a algunos más que a otros. Un mal que incide sobre subjetividades y corporalidades sanas que poco o nada tienen que ver con aquello que les aqueja.

IV. Juventud/es y activismo antipatriarcal

En el recorrido llevado a cabo hasta ahora, en cuanto a la respuesta de los varones ante los feminismos y sus avances, se muestran polarizaciones subjetivas que, a grandes rasgos, se mantienen desde la conformación de las masculinidades a la vez como tema, problema y debate entre la academia y el activismo. Dichas respuestas, desiguales y no homogéneas, configuran

el extremo positivo como un espacio que necesita ajustes y que exige un replanteamiento de nociones como *profeminismo* y *hombres por la igualdad* hacia un activismo que, en modos diversos, supere los límites que la propia práctica e idea de masculinidad impone.

Con el objetivo de explorar las experiencias y significantes que algunos jóvenes le otorgan a dicho espacio de subjetividad antipatriarcal, se realizaron tres entrevistas a personas cercanas a formas de activismo interesadas por la transformación de los hombres, de la/s masculinidad/es y la cultura patriarcal.

Se contó con la participación de Joaquín Coronel (J. C.), miembro del Colectivo de Varones Antipatriarcales de Argentina, quien es egresado de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. En su presentación⁵ narra que su experiencia militante se inició al integrarse a un proyecto político y pedagógico en el marco de una organización territorial que lucha por la vivienda popular en Buenos Aires; el movimiento de ocupantes inquilinos. En ese marco dio clases dentro de una propuesta alternativa a la educación tradicional, basada en la pedagogía del oprimido de Paulo Freire, y bajo la propuesta de construcción de ciudadanía crítica, sumándose a la comisión de género del bachillerato popular. Ahí inició su recorrido como activista antipatriarcal. Reconoce como fundamento el libro de L. Fabbri *Apuntes sobre feminismos y construcción de poder popular* (2013), así como los primeros contactos con el colectivo.

Por otra parte, participó Sebastián Bravo (SB), miembro de la Asamblea Antipatriarcal de Varones de Santiago, en Chile, donde milita desde hace cinco años. Destaca como influencia principal el activismo de Argentina, aunque reconoce diferencias. Un hito en su conformación como activista lo reconoce en el Encuentro Latinoamericano de Varones Antipatriarcales (ELVA), celebrado en Córdoba, Argentina, en 2016. De ahí surge una posición que suma el interés por el trabajo popular con la necesidad de crear una organización que incorpore el legado de las masculinidades como movimiento de disidencia. El objetivo era llevar la discusión sobre

5 Las presentaciones de Joaquín Coronel y Sebastián Bravo son tomadas de la mesa redonda “Activismos antipatriarcales de hombres ¿qué podemos aprender los universitarios de ellos?”, celebrada en línea dentro del *Encuentro interuniversitario sobre hombres y masculinidades. Contra las violencias y los privilegios machistas en las universidades*, del 29 de abril al 3 de junio de 2021 en coorganización entre la UNAM y diversas universidades mexicanas (https://www.youtube.com/watch?v=WhJWI5s9VHk&t=28s&ab_channel=IgualdaddeG%C3%A9neroUNAM).

las masculinidades al interior de las organizaciones sociales. Al igual que JC, su trabajo apunta a las organizaciones sobre *vivienda digna* en su país.

Finalmente, Rubén Hernández⁶ (RH), quien se define como una persona no binaria y disidente de género, aunque se reconoce, también, como persona *en proceso*, a partir de la certeza de que nada es definitivo y todo es cuestionable. Para RH, la experiencia de vida consiste en habitar subjetivamente horizontes y planteamientos políticos. Es desde ahí que se experimenta lo afectivo, lo personal y lo profesional, así como las relaciones de género y significativas con las personas. En esta deriva, se reconoce con una vocación y orientación decididamente antipatriarcal, antiespecista, antirracista, anticlasista, anticapacitista y anti *todo* sistema de opresión. Esto provoca una serie de contradicciones y una constante problematización. Trabaja en la Coordinación para la Igualdad de Género (CIGU) de la UNAM, en la Dirección de Inclusión y en prácticas comunitarias.

Las preguntas realizadas se organizaron alrededor de tres tópicos: ideales, condicionantes y emociones de masculinidad, con miras a la construcción a la vez individual, subjetiva y de militancia antipatriarcal.

V. Ideales, límites sexistas y el modelo hegemónico de masculinidad

En la primera parte se les preguntó acerca del modelo hegemónico de masculinidad (MHM) actual, en su contexto social y geográfico, señalando a jóvenes autopercebidos como hombres. Así, también, si consideran que existe más de un ideal de hegemonía.

La definición de masculinidad hegemónica con más vigencia es la que surge de la revisión que Raewyn Connell y James Messerschmidt realizan en 2005, la cual resignifica la noción a partir del uso y de las críticas que esta recibe. Como se expresa, a lo largo de décadas tal modelo ha influenciado el pensamiento acerca de los hombres, el género y las jerarquías sociales, pero también ha establecido vínculos entre los estudios de la masculinidad, las “ansiedades populares” sobre los hombres, los señalamientos feministas

6 La presentación de Rubén Hernández es tomada del conversatorio en línea *Universidad y diversidad. Perspectivas queer en la enseñanza, la investigación y la cultura*, organizado por la Comisión Interna para la Igualdad de Género (CinIG) del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la UNAM, celebrado el 24 de junio de 2021 (https://www.youtube.com/watch?v=QVb30G97c78&t=4577s&ab_channel=IISUEUNAMoficial).

al patriarcado y los modelos sociológicos de género (829-830). A esto hay que sumar la penetración que ha tenido en el campo de la comunicación social y digital, así como en las instancias civiles, en las reflexiones de grupos de hombres y en la conformación de activismo.

En un rápido vistazo, en sus inicios surge como instancia para poner el foco en los grupos dominantes, entendiendo la masculinidad como un patrón de prácticas que permiten la dominación de los hombres hacia las mujeres. Con esto, la masculinidad hegemónica se distingue de otras masculinidades subordinadas (Connell y Messerschmidt, 2005: 832), a las cuales necesita para operar, encarnando la forma más aceptada y legitimada. En este mapa se trazan relaciones complejas, siendo lo más significativo la complicidad que algunos hombres, no precisamente situados en el lugar de la hegemonía, adquieren con el sistema de dominación. Gran parte de la energía de las diversas instancias que se han venido preocupando por el papel de las masculinidades en las prácticas de poder y violencia se ha concentrado en la idea de que tal complejo jerárquico cambia y, por tanto, podría transformarse en una mejor versión.

Para JC no existe un ideal único, “sino matrices de hegemonía que interactúan, se complementan, y que pueden llegar a entrar en contradicción o en intersección pensando en la hegemonía”. Tal complejo es atravesado por “los rasgos físicos, el aspecto, la corporalidad, el estatus social, la identidad sexogenérica”, aunque ninguna de estas categorías resulte ser determinante a la hora de imponerse a “la masculinidad como valor social superior”. Para JC, el MHM compensa unos rasgos y características con otros, haciendo que “cuerpos masculinizados” incompletos terminen por cumplir con los requisitos patriarcales, manteniéndose, ante todo, la jerarquía. Con esto, el modelo, a pesar de nutrirse de una variedad de ideales, no deja de apuntar, en el lugar más destacado, a “varones blancos, heterosexuales, de clases altas, universitarios, monogámicos, con cuerpos delgados, exitosos en su trabajo, jóvenes y encarnados en el canon de belleza socialmente aceptado”. Así, en otros grupos tal compensación estaría dada por lo que otorgan ideales como, por ejemplo, “en barrios populares [...] jugadores de fútbol, cantantes de cumbia, líderes populares o conductores de programas de TV. En sectores progresistas, líderes de bandas *indies* o de rock e intelectuales. En las altas, jugadores de polo, políticos de élite religioso”. (JC)

Por su parte, SB inicia reconociendo las múltiples tensiones y transformaciones que ha sufrido el MHM en el contexto chileno, sobre todo como resultado de la ola de movilizaciones feministas universitarias en 2017,

la revuelta social de octubre de 2019 y la crisis económica por la pandemia derivada de la COVID-19, así como una creciente precarización de las condiciones de vida de las juventudes en años recientes. Con esto, el MHM, sobre todo pensando en los jóvenes, ha transitado “desde la figura del varón de clase media o de élite con estudios universitarios, blanco-mestizo, de origen urbano y que cumple los mandatos de la heterosexualidad obligatoria, la potencia sexual y el prestigio público” hacia “un modelo más flexible que integra ciertos discursos y prácticas de la crítica feminista y disidente, pero conservando parte del núcleo hegemónico que le permite continuar en posiciones de poder y privilegio”.

Este desplazamiento del MHM ha permitido que jóvenes bien situados puedan cuestionar y repensar su orientación sexual o su idea de amor romántico, superando algunas veces, incluso, al binarismo sexual e integrando prácticas consideradas como femeninas hasta hace muy poco: “Pintarse las uñas, usar aros, uso de colores feminizados como el rosa”. Asimismo, parte de estos jóvenes han asumido posiciones críticas hacia las relaciones monógamas, mirando en ocasiones los esquemas poliamorosos, las relaciones abiertas, etcétera, con lo que se suprime una de las condicionantes tradicionales de la hegemonía: el mandato de paternidad. En lo físico, estos hombres han transitado hacia un lugar en el que pueden manifestar preocupación por el ejercicio, la alimentación, la hidratación de la piel o el uso del maquillaje. Con esto, además, viven con apertura la posibilidad de expresar dolor —llorar en público— o el poder manifestar abiertamente sus posiciones sobre el género.

Para SB, en todo caso, esta transición no implica romper con el “pacto patriarcal y con las posiciones de control y estatus en los espacios académicos, laborales, sociales y políticos”, pues lo que se destaca es la “reproducción permanente de prácticas de violencia sexista, machismo y misoginia hacia las mujeres y otros jóvenes, acaso mediante modos más sutiles y también inéditos, como las formas de violencia que emergen en las plataformas digitales”. A esto se suma el mantenimiento de un marcado desinterés por “las tareas domésticas y de cuidado”, así como por los “procesos de corresponsabilidad”. Para él, la operatividad actual del MHM hay que buscarla en la órbita de las “masculinidades híbridas” (Bridges y Pascoe, 2014).⁷

7 Para Tristan Bridges y Cheri J. Pascoe (2014), la clave del presente de la/s masculinidad/es está en observar con más atención cómo se las estarían arreglando el grueso de varones para dejar intactas las estructuras de violencia —que benefician a todos—,

Mirando a la UNAM, RH considera que no existe un único MHM, sin embargo, apunta a algunos “atributos estéticos, identitarios, performativos y ético-políticos que se asocian con una subjetividad ligada a privilegios y, potencialmente, a la discriminación y a la violencia”, manteniéndose una base de “generización masculina” basada en la dicotomía “no mujer” y “no homosexual” —en referencia a la propuesta de Elisabeth Badinter (1993)—. Para ello, el modelo exige la acreditación de suficientes elementos de virilidad para que un hombre siga siendo reconocido como tal, lo que visibiliza algunos “‘puntos críticos’ relacionados con accesorios y la vestimenta femeninos —tacones, medias, faldas, vestidos, maquillaje, cabello—”, así como un reiterado énfasis en la “hipersexualidad hacia las mujeres, además de un control sobre su expresividad corporal y emocional”.

Para RH, en la universidad, esto habla de un compromiso vigente del MHM con dos formas: los “espacios tradicionalmente masculinizados, a través de una distribución horizontal (como en las Ingenierías) y vertical (en los de toma de decisión)”. Además, señala cómo en los varones que conforman las poblaciones se comparte una “desequilibrada participación en las labores domésticas y de cuidados”, así como manifestaciones de “indiferencia y oposición frente a la agenda feminista y disidente sexogenérica”. De este modo, se reafirman “valores de la dominación masculina, ejercicio de vínculos erótico-afectivos que atentan contra el consentimiento, y la libertad sexual y reproductiva, fobia y odio a la diversidad sexogenérica”, entre otras.

En este primer apunte a los ideales de hegemonía en los contextos de cada participante, se resalta cómo, en el recurso a dicho modelo, aparentemente se superan esencialismos, por ejemplo, mediante la inclusión de formas femeninas de vestimenta, pero resaltándose la posibilidad de que tal lugar se solape con un ideal heteronormativo que termina por remarcar la diferencia sexual. Este señalamiento se suma a ese excesivo interés de los estudios de la masculinidad por la construcción de identidades y un selectivo alejamiento de aquellos aspectos ligados al poder o las estructuras de violencia (Connell y Messerschmidt, 2005: 836-837), y, asimismo, a la ambigüedad con la que se solía referir a la hegemonía, a veces obviándose particularidades regionales, culturales, económicas, etcétera (838), que

incorporando de manera selectiva acciones y formas de masculinidades subordinadas y de la femineidad para parecer más inofensivos.

ahora se precisan. En los puntos de vista manifestados por las tres voces, el MHM desde el que miran a sus contextos no solo manifiesta una movilidad subjetiva, sino que se explora cómo es que los hombres pueden adoptar diversos sentidos —de transformación e interacción—, adaptándose a un complejo espacio de contradicciones (843).

En el discurso de JC y SB se da cuenta de una dinámica adaptación de prácticas —de relajamiento, supresión o incorporación— que miran el cuerpo, los rituales y los afectos bajo una evidente capacidad de decisión —de poder—. Estas descripciones de varones más cerca o lejos de un ideal único —de varones blancos, heterosexuales, etcétera— recuerda a la crítica que Demetrakis Demetriou (2001) le hace a la propuesta de R. Connell. Para él, esta deja fuera lo que denomina “pragmatismo dialéctico”, es decir, la estrategia mediante la cual la hegemonía se apropia de formas de otras masculinidades, pero más que nada de aquello que le resulta *pragmáticamente* útil. El resultado de esta dialéctica no es un patrón unitario de masculinidad hegemónica, sino un *bloque histórico* que implica un entretejido de múltiples patrones, cuya hibridez es la mejor estrategia posible para la hegemonía externa. Se produce, así, un proceso constante de negociación, traducción y reconfiguración (en Connell y Messerschmidt, 2005: 844). Ahora, si bien Demetriou señala una selectiva apropiación de valores y expresiones *gay*, difuminándose el límite de la no-homosexualidad como condicionante, en los testimonios presentados se apunta a un borrado selectivo de ciertas fronteras con otro condicionante esencial para la masculinidad tradicional; es decir, el *miedo a lo femenino*, como se retoma en el siguiente bloque. En este sentido, el caso mexicano, trazado desde la experiencia de RH, manifiesta un estatismo mucho más tradicional, en el que los límites fundamentales del sexismo estarían más o menos intocados.

Ahora bien, en los tres casos se apunta a un férreo control del tercero de los condicionantes de la masculinidad: la jerarquía. Ya en la relectura del MHM realizada por Connell y Messerschmidt (2005) se señalaba que la propuesta de concebir múltiples masculinidades iba más por esta vía que por el diseño preciso de etiquetas. La jerarquía, es decir, el hecho de que la masculinidad solo pueda funcionar como un poder de dominio si es que se apoya en asociaciones organizadas entre pares masculinos, en cualquiera de los casos mantiene su operatividad básica: el consenso cultural, la centralización de discursos y la institucionalización, marginalización o deslegitimación de alternativas (846). Bajo estos arreglos ya se apuntaba a la manera en la que la hegemonía expone sus cambios como logros admi-

rables; por ejemplo, de hombres dentro de matrimonios más igualitarios, de “exemplars of masculinity” (846).

En los contextos reconstruidos por JC y SB, pero también en el citado por RH, proponemos que los relajamientos y cambios en lo físico, lo cultural o lo afectivo se descubren como prácticas *para sí*; esto es, como transformaciones que benefician al propio ser dentro de un complejo de masculinidad menos restrictivo y punitivo, principalmente entre los varones jóvenes. En todo caso, lo más importante es remarcar que en las tres versiones la descripción de un modelo de ideales de masculinidad se fija no solo en su arquitectura, sino en los efectos; es decir, en las formas de poder que subsisten, parece, por el mantenimiento organizado de una estrategia superior: la ignorancia, negación y obviedad de las estructuras de violencia sexista y sexual, pensamos.

Con esto, en la segunda pregunta se hizo referencia, precisamente, a la operatividad del modelo de ideales hegemónicos con lo que hemos adelantado como esos tres condicionantes de la masculinidad: el miedo a lo femenino, la heteronormatividad y la asociación entre pares masculinos.

El “miedo a lo femenino”, que proviene de una temprana asimetría que muy pronto aprenden niños y niñas (Ranea, 2021: 35), configura la jerarquía en contradicción con los valores, roles, mandatos, comportamientos y actitudes femeninos (35-36). Esto es lo que permite, de entrada, a un varón identificarse con el grupo y ser reconocido como miembro, aunque, insistimos, selectiva y pragmáticamente algunas de estas tensiones se hayan relajado. La pregunta en este punto es qué se incorpora de lo femenino como estrategia para conservar derechos y privilegios.

El segundo límite, el de la heteronormatividad —la heterosexualidad masculina como la norma social imperante, como la posición naturalizada e institucionalizada (Ranea, 2021: 39)—, en los casos de Argentina y Chile parece complejizarse, mientras que en México se mantiene como medida, por ejemplo, en el recurso a sexualidades activas, penetrantes y violentas (41-42), lo que seguiría apuntando a una impenetrabilidad sexual y emocional (43).

La tercera barrera es la de la asociación jerárquica. Esto es, esos pactos que han sido nombrados como “solidaridades viriles, redes de fraternidad, hermandades viriles o afiliaciones horizontales” (47).

Es este apunte, JC observa que los ideales de masculinidad y el miedo a lo femenino se relacionan, en el ahora, directamente con “la estigmatización del movimiento de mujeres y de las disidencias”. Esto ha provocado,

en Argentina, la emergencia de discursos reaccionarios que insisten en “un ataque del feminismo a los varones, sobre todo a partir de las denuncias públicas sobre abusos sexuales, el señalamiento de la violencia de género y la lucha por el derecho al aborto”. Con esto, se habla de una “incomodidad en los varones”. Para JC, a la histórica relación ente masculinidad y lo no-femenino, no-homosexual y no-mujer, se suman estrategias de miedo y crueldad como herramientas de control.

Por su parte, SB observa una situación que depende de las movilizaciones sociales y las transformaciones políticas. Con esto, los jóvenes realizan una crítica abierta a la heterosexualidad obligatoria y al binarismo de género, sobre todo en los ámbitos universitarios y en las IES. Estas discusiones han entrado a los espacios educativos, además de en las relaciones de pareja y en los “círculos de amistad en los que participan varones cisheterosexuales”. El resultado es “cierta erosión de los ideales vinculados al macho”, pero también la aparición de nuevos “ideales, como el *fuckboy* o el ‘deconstruido’”.⁸ En otro, el mantenimiento de una sexualidad heteronormada condiciona la impugnación de la “heterosexualidad obligatoria”, sobre todo bajo el consumo de “pornografía, bajo un imaginario erótico coitocentrado, fálico, heterosexual y basado en el rendimiento, un ideal muy distinto al plano real”.

Además, SB señala el mantenimiento de “espacios de homosocialización y complicidad machista, en donde se dan discursos y prácticas de violencia contra las mujeres, que, si bien no son siempre explícitos, generan dinámicas de minimización, segregación y exclusión”. Esto se refuerza mediante el uso cotidiano del humor sexista, los modos jerárquicos en que se organizan los deportes, escuelas o grupos juveniles de diversión o entretenimiento. Para él, “estos pueden comprenderse como los puntos fundamentales de resistencia masculina”.

RH insiste en que no existe un único modelo de masculinidad en varones jóvenes de la universidad. De acuerdo con los datos de los que se dispone (en la UNAM), existe un margen amplio de diversidad;

8 El término *fuckboy* en el lenguaje popular hace referencia a un hombre —o una mujer, *fuckgirl*— que solamente busca sexo en una relación, pero que lo consigue dando una imagen y un mensaje equivocados y bajo engaño. Se trata de una estrategia de seducción mediante la que se hace creer a la otra persona que lo que se busca es una relación amorosa o estable. Por su parte, el varón *deconstruido*, si bien en principio refiere a un hombre que ha tomado consciencia en cuanto a la desigualdad por motivos de género, desde la sospecha feminista se percibe como un falso aliado, un *macho progre*, que viste la camiseta de la igualdad y del profeminismo para mantener sus privilegios y obtener sexo.

este va desde subjetividades asociadas con el MHM —lo que incluye el ejercicio de privilegios y manifestaciones evidentes de discriminación, violencia, misoginia y discursos fóbicos-odiantes— hasta formas disidentes que incumplen los mandatos de la masculinidad, como son [un cambio en] la corresponsabilidad de cuidados, el activismo antipatriarcal y la disidencia sexogénerica. (RH)

En general, situar los *tradicionales* límites sexistas en las experiencias actuales de jóvenes, por un lado, demuestra en las tres experiencias que la asociación entre pares funciona como un dispositivo permanente de validación del MHM. Por otro, que hay *mandatos* de la masculinidad que se mantienen y replican como estrategias para mantener el sistema de privilegios y refrendar una jerarquía cada vez más compleja por la diversidad de formas de masculinidad, pero que, ahora como antes, operan mediante tácticas de lo que Demetriou señala como un proyecto de “influencias recíprocas” (en Connell y Messerschmidt, 2005: 847). Ahí es donde se identifican y definen esas nuevas etiquetas, como el estafador sexual o el falso aliado.

Otro aspecto que se resalta en las tres geografías es la reflexión o cambio como resultado del impacto del reciente activismo de mujeres jóvenes y estudiantes. Con esto, se reafirma esa conexión geográfica que se establece entre modos locales, regionales y universales de masculinidad, replicándose fenómenos y repliegues subjetivos. Parece que los últimos embates de los feminismos, con su claro señalamiento a las formas vigentes de sexismo y violencia en la base de todas las relaciones, y mediante elaboradas y coloridas formas de denuncia y activismo, han generado no solo reagrupaciones misóginas y antifeministas, sino que han logrado situar a un número más amplio de varones, sobre todo jóvenes, en una posición inédita para ellos: la incomodidad.

VI. Emociones y juventudes

La incomodidad enlaza directamente con las emociones. Con esto, se les preguntó acerca de cuáles consideran que podrían ser centrales a la hegemonía descrita en su contexto; así también, si la ira y la rabia, apuntadas desde los estudios como las formas tradicionalmente permitidas a la masculinidad, habrían sido desplazadas.

JC considera que la ira, la rabia y la violencia son las emociones “habilitadas” para las masculinidades “insertas” en el MHM, esto en Buenos

Aires y en aquellas latitudes en las que dominan las formas patriarcales. En cuanto a ámbitos de militancia, en los que algunos varones comienzan a revisar sus prácticas machistas, una emoción recurrente es “la culpa”. Para él, esto “indica un buen indicio” frente a un “estancamiento que puede tornarse en ‘una actitud excesiva y androcentrada’, lo cual evitaría la construcción de relaciones más igualitarias”, pues situar a los varones en el lugar de la culpa implica procesos de deconstrucción. Para JC, lo que hay que evitar son procesos que terminen por actualizar las viejas prácticas patriarcales.

Para SB la emocionalidad sigue siendo un pilar fundamental en el proceso de construcción de la masculinidad de los jóvenes chilenos, y la clausura o “no expresión” de ciertas emociones en el espacio público constituye uno de los ejes cruciales en torno al cual se pone en escena la masculinidad. Con esto, en cuanto a las emociones que pueden o no expresar los jóvenes chilenos, considera que se pueden observar tanto continuidades como rupturas; así también, “nuevas permisividades y prohibiciones”, aunque la “rabia siga siendo una emoción asociada a la masculinidad [...] y muchas veces sea considerada como un valor positivo”.

Para dimensionar otras emociones prohibidas, refiere a Kaufman (1994) y al señalamiento que hace en cuanto a cómo el poder masculino es contradictorio, pues prohíbe a quienes lo encarnan todas aquellas emociones ligadas a la feminidad. Para SB esto involucra cuestiones más amplias, como el no pedir ayuda o solicitar cuidados; no manifestar dolor o aflicción emocional, y evitar la demostración de afecto o cariño entre hombres “cisheterosexuales”. Estas formas involucran “represión y sanción”, lo que opera, igualmente, “en jóvenes disidentes sexuales que siguen siendo estigmatizados”, ya que “en el fondo continúa operando el binomio hombre-razón, mujer-emoción”. En el lado de las rupturas, observa discursos emergentes que fracturan la asociación simbólica entre “llanto-debilidad-homosexualidad-feminidad”, mostrándose como positivo que los hombres lloren o algunas muestras de afecto entre varones no homosexuales.

RH no considera que haya un patrón general para referir las emociones desde el MHM. En cambio, mirando el contexto universitario, hay emociones asociadas con el ejercicio de privilegios patriarcales, como el júbilo entre pares o la solemnidad en contextos académicos. “El enojo no parece ser exclusivo (ahora) de la masculinidad”, agrega.

En un breve vistazo, parece que se sigue identificando un mapa “tradicional” de emociones de la masculinidad —rabia, ira, enojo...— como

afectos constructores y de mantenimiento, en un lado. En otro, “nuevas emociones”, como la culpa o la incomodidad, los confrontan y condicionan, pero en un sentido que se lee como positivo; como un principio de desplazamiento subjetivo, pensamos. En el medio de esta tensión emocional, la jerarquía asociativa de pares, de acuerdo con las impresiones de JC y SB, descubre las posibilidades que otorga la liberación de algunas prácticas de afectividad; lo que se gana y mantiene, acaso, si es que se abren las puertas de la impenetrabilidad emocional —y corporal—. En los tres casos, ya sea que se describa un mundo tensionado por las emociones tradicionales o en el que se permitan y procuren formas de expresión *femeninas*, a lo que se apunta es al mantenimiento —o la sospecha, por lo menos— de privilegios patriarcales.

En la investigación de género y feminismos se habla de un *giro afectivo* desde el que se confrontan las divisiones tradicionales entre emoción y razón, entre discursividad y afectos. *La política cultural de las emociones* (2015), de Sara Ahmed, es quizá el hito más representativo en esta deriva. Para la autora, las emociones moldean las *superficies* de los cuerpos individuales y colectivos; así, adoptan la forma del contacto que tienen con los objetos y con los otros (19). A grandes rasgos, tales procesos, que unen poder, subjetividad y corporalidad, trabajan a partir de narrativas que invitan a quien las recibe —lee, escucha, observa— a situarse en un “tú” que termina por configurar un “nosotros” (20); esto es, un grupo de sujetos a los que les une una red de emociones que, en muchas ocasiones, trabaja como una política sexista, clasista y racista. Acaso en esta red podemos volver a mirar los dos extremos: el de varones agrupados bajo las consabidas expresiones de ira y rabia como políticas de género, y el de aquellos que se incomodan o sienten culpa por formar parte del tejido y, con esto, abren un *hoyo* en lo que la crítica *queer* ha denominado “the homosocial fabric of culture” (King, *s/f*).

Ahmed (2015) propone que tales redes afectivas trabajan, sobre todo, con metáforas, pues es desde topologías que las emociones se vuelven atributos de los colectivos. Con esto, podemos pensar que los significados sentimentales de la masculinidad “se construyen ‘siendo’ en tanto están ‘sintiendo’” (22, comillas del original). La cuestión es que esos *ser* y *sentir* se deben a la jerarquía y, por ello, promueven o rechazan la actividad o la pasividad, la penetración o la invasión (22). Tales jerarquías, considera la autora, a veces son “elevadas”, mientras que otras son “más bajas”; es decir, anuncian señales de “debilidad” (23), en nuestro caso, frente al orden de

género. Ahora, si bien Ahmed lleva esto al espacio de los discursos nacionalistas y racistas en el Reino Unido, mirando las masculinidades y los ajustes emocionales del MHM se puede pensar en cómo —y desde dónde— se replica un control de aquellas emociones que son “apropiadas” en ciertos momentos y lugares (Eliás en Ahmed, 2015: 23) y cuáles no, así también, si es que aquellas que se desvían de la normativa del *ser y sentir* colectivo pueden configurarse como políticas para el cambio. En todo caso, el MHM, pese a tensiones y contradicciones, es un “colectivo emotivo” (24), que, además, ahora exhibe sus puntos débiles: incomodarse y reflexionar; desplazarse subjetivamente desde la culpa.

Volviendo a las entrevistas, en un apunte a las masculinidades jóvenes se les preguntó acerca de la posibilidad de varias y distintas expresiones en su lugar de vida.

JC considera que sí existen diversas masculinidades jóvenes en tensión. Algunas están más cerca de los mandatos de masculinidad tradicionales; otras, interpeladas por los discursos feministas, están en un proceso de revisión de ciertas prácticas. El impulso de la *marea verde* en Argentina ha forzado a los jóvenes a una revisión de las formas machistas, lo que ha permeado, por ejemplo, en cantantes de *trap*⁹ que han incorporado un discurso de denuncia del machismo en las letras de sus canciones.

SB considera que los estudios de las masculinidades y las organizaciones de varones antipatriarcales han posibilitado dimensionar la diversidad y diferencias entre masculinidades. En el caso de los jóvenes, se observa una amplia gama de experiencias, por ejemplo, a partir de los ejes de clase social, orientación sexual e identidad de género, ya puntualizados por Connell (1993), además de la pertenencia étnica y residencial.

RH identifica, en la universidad, “masculinidades jóvenes diversas: activistas antipatriarcales, hombres comprometidos con las políticas de igualdad de género, militantes de las diversidades sexogenéricas, hombres corresponsables de los cuidados”. Además, también observa a “hombres aparentemente cercanos a los discursos de igualdad, pero con prácticas evidentemente patriarcales”, así como un tercer bloque, “el de hombres abiertamente en contra de manifestaciones feministas o hacia las políticas de igualdad”.

9 Subgénero de música popular a medio camino entre el rap, el *hip hop* y el reguetón. En España y Latinoamérica ha sido criticado por mantener la alusión explícita a la violencia —muchas veces sexista y sexual— característica del reguetón.

Con esto, el espacio de producción de ideales y emociones de masculinidad, en hombres jóvenes, replica la tensión entre extremos positivos y negativos. De acuerdo con las experiencias del activismo, el tejido emocional que configura la red, al ser confrontado —por los feminismos y por la propia reflexión que generan los estudios de la masculinidad—, permite movimientos y posiciones conscientes: revisión, compromiso; varones y activismos antipatriarcales; masculinidades diversas. En resumen, estos se presentan como los significantes que operan en una versión actualizada de la red emotiva de la masculinidad.

VII. Significantes antipatriarcales

Mirando hacia la construcción del espacio antipatriarcal, se preguntó si se planteaban como hombres profeministas o por la igualdad, así como acerca de las diferencias que observan entre una y otra categoría.

JC, con esto, se autopercebe como “profeminista y cada vez más lejos de las categorías hombre/varón”. Además, considera que “hombre por la igualdad” no necesariamente implica centrarse en la igualdad por motivos de género. Repensando el profeminismo, agrega que el prefijo *pro* no es casual, pues denota la necesidad de marcar una línea entre feminismo e identidad masculina; con esto, en los grupos de hombres en los que se ha reflexionado sobre el “espacio antipatriarcal”, se ha cuestionado si el ser profeminista implica limitarse exclusivamente a las reivindicaciones de este movimiento.

Para SB la cuestión de la *autodesignación* ha sido uno de los puntos más críticos en Chile. Refiere a Fabbri (2018) ahí en donde los discursos que se limitan a adjetivar la masculinidad acaban por contribuir a su despolitización, ya que centran su foco en las formas de acción de los hombres sin preguntarse por el carácter histórico y político de la categoría sexual a la que la masculinidad da origen y sentido. Por ello, considera que la igualdad se vincula directamente con las instituciones, negándose con esto la diversidad de las masculinidades, así como los cruces de etnia, clase y sexualidad que en Latinoamérica se producen. En cuanto al “profeminismo”, los límites se replican. En todo caso, la cuestión debe ir por la superación de las políticas de identidad, posicionando la praxis, por lo cual él se reconoce dentro de una masculinidad híbrida.

RH, por su parte, se considera “disidente de género no binario y activista antipatriarcal”. A su vez, señala que el concepto “profeminista” es pro-

blemático para los hombres, toda vez que establece una relación subjetiva de adherencia a una agenda que se intuye como “no propia”. Lo que hace falta es un activismo que problematice las relaciones de género y la propia condición masculina.

Tras esto, se les pidió definir una noción de *activismo en masculinidades* desde su propia perspectiva.

Ante esto, JC señala que, en Argentina, y en particular en zonas urbanas (como Ciudad de Buenos Aires, Conurbano Bonaerense, La Plata, Rosario, Córdoba, etcétera), hacia el 2010 emergieron varios colectivos de varones antipatriarcales. En general, estos se caracterizan por tener una perspectiva de construcción política horizontal, autogestiva, con reivindicaciones del campo feminista y popular, y además atravesados por cierta perspectiva *cuir*. En sus agendas se destaca un ejercicio permanente de revisión de las conductas machistas en la intimidad de los vínculos, dentro y fuera del ámbito organizativo, por un lado, y la agenda del movimiento feminista, por otro.

SB menciona que “los activismos y militancias en masculinidades son más bien una heterogénea y diversa constelación de iniciativas sociales y políticas que tienen como paraguas común la crítica feminista y disidente a la masculinidad”. En esta deriva observa un cambio generacional, lo cual transforma “la lucha” y determina la discusión acerca de las masculinidades. En este nuevo momento, los jóvenes ya no suelen identificarse con las categorías “homosexual, bisexual o transmasculino”, por ejemplo, constituyéndose un espacio de la disidencia mucho más complejo. En este mismo lugar, los “hombres jóvenes cisheterosexuales muestran muchas resistencias y obstáculos para involucrarse en las iniciativas”.

RH, finalmente, no identifica un activismo en masculinidades en su experiencia, sino un activismo antipatriarcal o por la igualdad de género con enfoque crítico de las masculinidades, que todavía carece de una masificación y una contundencia en sus planteamientos.

VIII. Hacia un activismo antipatriarcal: ser y sentir la incomodidad

De acuerdo con estas experiencias, si en décadas anteriores la discusión acerca del lugar de los hombres en un extremo de conciencia y cambio se significó a partir de dos tensiones —el *ser y sentir* por la igualdad o por el feminismo—, en el ahora estas posiciones son vistas como etiquetas institucionalizadas, normalizadas y problemáticas desde una noción más crítica

con las masculinidades. La *igualdad* se concibe como el apunte a políticas y discursos no del todo claros con un verdadero compromiso de transformación del orden de género y como una forma de *autodesignación*” ambigua con la propia noción de masculinidad o, lo que es más, con las muchas y diversas masculinidades. A su vez, el profeminismo, igualmente, al parecer de los activistas jóvenes, deslinda a los hombres y a sus prácticas masculinas. Deja todo en una adscripción que, se piensa, otorga toda la agencia al pensamiento y acción de las mujeres (feministas). Además, provoca un límite insalvable entre la teoría y la práctica, pues ni en un campo ni en el otro se ha logrado interlocución.

En la visión de las tres personas consultadas, la apuesta va por la configuración de un espacio de acción antipatriarcal como algo que, proponemos, en suma, debe sentirse y vivirse para poder convertirse en una verdadera política de cambio. El serlo y sentirlo apunta, así, a nuevas formas de habitar la masculinidad, e incluso de superarla. Los ideales que aparecen son los de una disidencia de la masculinidad y una *no binariedad* como apuesta de desplazamiento subjetivo. Esto es lo que llevará a superar el patriarcado, el heterosexismo y esos grandes problemas que subsisten, muy a pesar de los propios estudios de la masculinidad: las estructuras de violencia sexista y sexual, de acuerdo con los señalamientos anteriores.

En este sentido, se cumple con una suerte de enlace entre la crítica generada en décadas recientes por académicos y activistas como Fabbri y Azpiazu, y esas mismas posiciones heredadas y vividas por jóvenes que encarnan teoría, asociación y práctica. Ahondando un tanto más, si lo que se vio fue un exceso de atención en las identidades y etiquetas, dejándose fuera lo relacionado con el poder y la subjetividad, obviándose además el sexismo, las violencias y la reflexión sobre los privilegios, ahora el apunte va por la vía de generar desplazamientos subjetivos mucho más notorios y con especial atención a los verdaderos problemas que implica la masculinidad.

Siguiendo a Ahmed, acaso en esta encrucijada se posibilita una sustitución de un *deber ser* ético y moral, que apela a los varones para que realicen concesiones e incorporen formas menos escandalosas y problemáticas, por un *ser y sentir* antipatriarcal que, se piensa, ha de comenzar por mirar más allá del binarismo, y, con ello, de la heteronorma, del terror emocional por lo femenino, además, incorporando nuevos afectos, como la incomodidad o la culpa, volviéndolos material para *la lucha*. Esta nueva agencia de un colectivo que se reconoce como más emocional, y, por tanto, menos como un MHM condenado a la reproducción de ideales y estrategias de supervi-

vencia y control, parece, también, tener agendas más centradas en señalar los privilegios. Este se reconoce como un trabajo no realizado.

Para cerrar, se propone que lo que queda por dimensionarse es cómo superar las críticas y autocríticas a los grupos de varones, por ejemplo, a la hora de pasar de concebirlos como “motor del cambio” y como parte de un “comportamiento individual y [de] transformación personal” hacia un señalamiento más evidente de “las estructuras y sistemas en los desequilibrios de poder basados en el género” (Azpiazu, 2015: s/p). De acuerdo con esto, a continuación, se señalan algunos puntos de tensión.

Por ejemplo, definir qué se entiende por feminismo, por su agenda y su trabajo con la masculinidad, y también en cuanto a los debates en torno a su *sujeto político* si es que se aborda desde grupos y colectivos de hombres. Asimismo, cómo se perciben los diversos feminismos que conforman la variedad de movimientos organizados, activismos y posiciones teóricas y de praxis que en Latinoamérica conforman relaciones, tensiones, y, en algunos casos, contradicciones, por ejemplo, en términos generacionales o en cuanto al lugar e interlocución con los varones. Con esto, además, qué significa para la masculinidad desechar el (*pro*)feminismo, si es que este se concibe como relacional y no como algo cerrado, terminado, resuelto o exclusivo. En esta línea, además, pensar en qué dice la tradición crítica feminista acerca de los hombres, sus cuerpos y prácticas, y cómo es que, en muchos casos, comparte los debates de los estudios de la masculinidad y sus problemas.

Reflexionar en cuanto a, si el desplazamiento subjetivo al que las juventudes apuntan —a la vez personal, colectivo y atento a los grandes problemas de la violencia sexista y sexual— mira en conjunto posiciones y experiencias más allá del binarismo sexogenérico, cómo deberían resituarse, entonces, los límites de un *ser y sentir* como colectivo emocional de hombre/s y masculinidad/es; es decir, ¿dónde se debe situar la construcción *hombre/varón* en un más allá de la binariedad y cuáles serían los efectos de un desplazamiento colectivo de esta envergadura, por ejemplo, para las mujeres?

Así también, si el impacto de los feminismos jóvenes recientes ha desembocado en una posición de incomodidad y de culpa como principios de un cambio o desplazamiento subjetivo, cómo acometer una potencialidad de estas inéditas “constelaciones emocionales”, las cuales se ligan, en Argentina, Chile o México, a una circunstancia específica, a una misma “problemática” (Ramírez, 2020: 37). Con esto, cómo transformar la *culpa* en ac-

ción, en transformación positiva, y la *incomodidad*, en una pedagogía. Para Azpiazu, el pasar de ver la masculinidad como un problema de identidad a uno político (2017: 116) ha de ir, precisamente, por la vía de configuración de una “incomodidad productiva”, por ejemplo, incorporando una lectura no maniquea de lo que “[e]l feminismo supone para muchas mujeres”, esto es, “no únicamente empoderamiento y sororidad, sino también dificultades, dolores, cuestionamientos y toma de conciencia de una realidad que no es fácilmente digerible” (117). Algunas de las emociones que este desplazarse del binomio genera implican “susto, miedo, rabia, malestar” (117). No se acomete una revolución sin estas complicaciones afectivas y sus efectos.

Finalmente, parece que parte de los privilegios que se mantienen para los varones implican esas estrategias que les permiten no habitar el miedo y permanecer en los espacios blindados para la comodidad. Estos no pueden ser, en ningún modo, feministas. Azpiazu (2017) propone: “Podemos empezar a pensar en una pedagogía de la incomodidad, del *shock*, del malestar” (119), cuyos espacios de reflexión, debate y pensamiento generen más preguntas, incertidumbres e inseguridades (120). Ese aprender de la incomodidad feminista seguramente implica reconocerse como disidentes del orden de sexo/género, como bien propone el activismo joven, de acuerdo con sus experiencias compartidas.

En ese nuevo mundo incómodo para los hombres acaso comenzaría a tomar forma un antipatriarcalismo mucho más encarnado, a la vez feminista y menos binario.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, Sara (2015), *La política cultural de las emociones*. Olivares, Cecilia (trad.). Ciudad de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Azpiazu, Jokin (2015), “Hombres y feminismo: del privilegio del confort a la incomodidad de la implicación política en cuestiones feministas”. Lara, Juan (trad.). <<https://archive.org/details/HombresYFeminismoTraduccionAlCastellano>> [28 de junio de 2024].
- Azpiazu, Jokin (2017), *Masculinidades y feminismos*. Barcelona, Virus.
- Badinter, Elisabeth (1993), *XY. La identidad masculina*. Madrid, Alianza.
- Bridges, Tristan y Cheri J. Pascoe (2014), “Hybrid Masculinities: New Directions in the Sociology of Men and Masculinities”, en *Sociology Compass*, vol. 8, n.º 3, pp. 246-258. <<https://doi.org/10.1111/soc4.12134>>.
- Cerva, Daniela (2020), “Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres”, en *Revista de la Educación Superior*, vol. 49, n.º 194, pp. 135-155.

- Connell, Raewyn (1993), *Masculinities*. Los Angeles, University of California Press/Polity.
- Connell, Raewyn y James Messerschmidt (2005), “Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept”, en *Gender and Society*, vol. 19, n.º 6, pp. 829-859. <<https://doi.org/10.1177%2F0891243205278639>>.
- Demetriou, Demetrakis (2001), “Connell’s Concept of Hegemonic Masculinity: A Critique”, en *Theory and Society*, vol. 30, n.º 3, pp. 337-361.
- Fabbri, Luciano (2016), “Colectivos de hombres y feminismos. Aportes, tensiones y desafíos desde (y para) la praxis”, en *Sexualidad, Salud y Sociedad*, n.º 22, pp. 355-368. <<https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2016.22.16.a>>.
- Fabbri, Luciano (2018), *Apuntes sobre feminismos y construcción de poder popular*. Rosario, Puño y Letra.
- Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) (s/f), *Glosario para la igualdad*. Ciudad de México, Inmujeres.
- Kaufman, Michael (1994). “Men, Feminism, and Mens’s Contradictory Experiences of Power”, en Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks: Sage, pp. 142-165.
- Kimmel, Michael (1997), “Masculinity as Homophobia: Fear, Shame and Silence in the Construction of Gender Identity”, en Mary Gergen y Sara Davis (eds.), *Toward a New Psychology of Gender*. New York, Routledge, pp. 223-242.
- King, Cornelia (s/f), *That’s So Gay*. The Library Company of Philadelphia. <<https://www.librarycompany.org/gayatcp/>> [28 de junio de 2024].
- Lenguita, Paula (2021), “Rebelión de las pibas: trazos de una memoria feminista en Argentina”, en *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, vol. 6, n.º 54, pp. 48-73. <<https://doi.org/10.32870/lv.v6i54.7389>>.
- Mingo, Araceli (2020), “‘Juntas nos quitamos el miedo’. Estudiantes feministas contra la violencia sexista”, en *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, vol. XI, n.º 31, pp. 3-23.
- Ramírez, Juan Carlos (2020), “Algunos elementos para el debate sobre la intersección entre masculinidad y emociones”, en Juan Carlos Ramírez (coord.), *Hombres, masculinidades y emociones*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, pp. 15-46.
- Ranea, Beatriz (2021), *Desarmar la masculinidad*. Madrid, Catarata.
- Tena, Olivia (2010), “Estudiar las masculinidades ¿para qué?”, en Norma Blázquez, Fátima Ríos y Maribel Flores (eds.), *La investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. Ciudad de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 271-292.
- Waling, Andrea (2019), “Problematising Toxic and Healthy Masculinity for Addressing Gender Inequalities”, en *Australian Feminist Studies*, vol. 34, n.º 101, pp. 362-375. <<https://doi.org/10.1080/08164649.2019.1679021>>.
- Zabalgoitia, Mauricio (2022), “Retóricas del meme masculinista. Universidad digital y antifeminismo en tiempos de pandemia”, en *Mitologías Hoy. Revista de Pensamiento, Crítica y Estudios Literarios Latinoamericanos*, vol. 25, pp. 68-90. <<https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.834>>.